

REVISTA
DE
ESTUDIOS EXTREMEÑOS

XXI

ENERO-ABRIL 1965

I

JUAN VAZQUEZ DE LA PARRA

EL EXTREMEÑO AL QUE AMÓ COMO A UN HIJO

SAN MARTÍN DE PORRES

PROPÓSITO

Juan Vázquez es un extremeño sin destaque ni relieve, que habría quedado para siempre en el oscuro anonimato si Dios no hubiera dispuesto que se moviese en una órbita iluminada por los resplandores deslumbrantes de la santidad. Juan Vázquez tuvo la fortuna de ser la persona más íntima y querida, el hijo adoptivo de ese mulatito maravilloso que hoy está en los altares con el nombre de San Martín de Porres y en el corazón de millones de devotos con el apodo entrañable de «Fray Escoba».

Por eso, sólo por eso, Juan Vázquez es famoso y ha pasado a la posteridad, resonando en la amplia bibliografía sanmartiniana (1). Nadie, sin embargo, se ocupó directamente del joven extremeño, ni de aislar su participación en la vida del Santo, recogiendo el período de íntima convivencia. Esto es lo que vamos a hacer aquí, sin pretensiones de estudio biográfico.

La labor es más necesaria por haberse dado la circunstancia

(1) La bibliografía del Santo la inicia Fray Bernardo de Medina: *Vida prodigiosa del Venerable Siervo de Dios Fr. Martín de Porres*. Lima, 1673 y Madrid 1695. En la amplia lista de biógrafos figuran luego, entre otros, Cornejo, Craire H., Bishop, Mary Margerite, Humpherys, Moreau, Alonso, Cainor, Meléndez Valdés, Herbert, Valdizau, Osende, Cepeda, Vargas, Fumet, George, Kearus, Tornero, Cavallini, nchez Silva y Velasco, que han publicado obras en varios idiomas.

de que un biógrafo de San Martín, pese a ser su obra meritoria en alto grado, acaso dejándose llevar del fervoroso entusiasmo, da un matiz novelado a la narración, alterando frases en los diálogos entre Vázquez y el Santo (2).

Vamos, pues, a recoger, con un somero estudio previo sobre el joven extremeño, lo que éste nos cuenta en el Proceso de Beatificación de San Martín de Porres; lo que él vió desde 1634 a 1639, años de la convivencia, que fueron los últimos de la vida del Santo. Seguiremos en todo las tres declaraciones prestadas por Vázquez, una en 1660 y dos en 1671, recogiendo con detalle todo lo fundamental, sin dar los textos íntegros, porque resultaría monótono, oscuro y reiterativo.

No se pierda de vista que vamos a movernos en el campo de la santidad; en ese campo en el que lo milagroso se impone a lo natural y la fe a la razón; en ese campo en el que lo histórico queda sometido siempre al fallo inapelable e infalible de la Iglesia.

1.-EL MUCHACHO Y EL SANTO

Que al extremeño que nos ocupa hay que concederle la primacía entre cuantos trataron a San Martín, es un hecho que resalta claramente en el voluminoso Proceso de Beatificación, consultado en Lima, y que el Padre Fray Juan de la Cruz Prieto, que se ocupó en transcribirlo, destaca al anotar que fué «Juan Vázquez de Parra el testigo más calificado de la vida y milagros del Beato Fray Martín de Porres» (3), valorando por ello como excepcional su «declaración extensa e importantísima» (4).

Es este un hecho cierto. Otro lo es el lugar de su nacimiento, citado meticulosamente una y otra vez: «Juan Vázquez de la Parra, español de los reinos de España, de la Provincia de Extremadura,

(2) Fray Salvador Velasco, O. P.: *San Martín de Porres*, Villalba, 1962. Esta obra, repetimos., es meritoria, importante y documentada, pese al matiz novelado y a las alteraciones en los diálogos, que en algunos casos quedan totalmente desfigurados.

(3) *Fray Martín de Porres. Proceso de Beatificación*. Palencia, 1960, pág. 385, nota 1.

(4) *Ibíd.* Se refiere a las dos prestadas en 1671.

de la ciudad de Jerez de los Caballeros» (5), se dice en su declaración de 1671, remachándose al final con esta fórmula: «Juan Vázquez de Parra, natural de Jerez de los Caballeros, en Extremadura, jura todo lo contenido en este dictado por su boca» (6).

Con anterioridad, en 1660, se había consignado la misma naturaleza «de la ciudad de (Jerez) de los Caballeros, provincia de Extremadura, Reinos de España» (7).

Tenemos dos datos indubitados en la vida de Vázquez: el haber sido el más íntimo del Santo y su nacimiento en el Jerez extremeño.

Veamos ahora otros detalles no tan claros. El primero es el de sus apellidos, pues aun sabiendo que entonces se usaban colocándolos en orden caprichoso, las anomalías superan aquí todos los caprichos. Sus padres—este es otro dato cierto—fueron Simón García Cordero y Ana García (8). Del hijo se nos dice algo tan extraño como esto, anotado oficialmente: «el cual se llamaba Juan Vázquez Venegas Espejo y hoy presente se llama Juan Vázquez de la Parra» (9).

¿Por qué el cambio de apellidos? ¿Por qué el no usar ninguno del padre y la madre? Se puede pensar en el caso, también corriente entonces, de herencia de mayorazgos que impusieran el uso de apellidos, aunque en realidad carecía de bienes.

Cuando lo recogió el Santo, era un niño hambriento y abandonado. Entonces se llamaba Juan Vázquez de la Parra, lo mismo que al final. Si el uso de otros apellidos fué anterior, correspondería a la total infancia, cosa que parece ilógica recordarla tantos años después. Si el cambio se hizo posteriormente, por mayorazgo o cualquier otra ignorada causa, Juan Vázquez de la Parra, se llamó al principio y al final de su vida.

Algún relieve tenía sin duda la familia de este jerezano, pese a la total pobreza del muchacho al quedar huérfano. Su padre, Simón García Cordero, pasó primero a Méjico y luego al Perú

(5) Segunda declaración.

(6) *Ibíd.*

(7) Primera declaración.

(8) «Hijo legítimo de Simón García Cordero y Ana García, su madre». Segunda declaración.

(9) *Ibíd.*

como «Ministro General del Santo Oficio de la Inquisición, que lo fué de su Magestad de la Corona de España» (10).

Así, pues, no es imposible que por alguna razón vincular, aunque modesta, barajara los apellidos Vázquez, Venegas, Espejo y de la Parra, prescindiendo de los de García y Cordero, del padre y la madre.

Otro dato oscuro es el del año de nacimiento del jerezano, por las contradictorias manifestaciones que él mismo hace. Sin embargo, esto podemos puntualizarlo más concretamente que el cambio de apellidos. Juan Vázquez declara en 1660 que tiene treinta y ocho años, según lo cual había nacido en 1622 (11); pero en 1671 dice que su edad es de cincuenta y dos años, con lo que lleva el nacimiento a 1619 (12). Hay además la afirmación de haber llegado a Lima en los últimos meses de 1634 o en 1635 y tener entonces catorce años, debiendo por ello haber nacido en 1620 o 1621 (13).

Realmente, la fecha exacta de llegada a Lima es en 1634 (14). Las circunstancias del encuentro con el Santo requieren que fuera un niño, con los consignados catorce años como máximo, lo que nos sitúa en 1620. Tampoco podía tener menos, toda vez que ingresó como soldado en 1637, y de haber nacido en 1622 solo contaría quince años, edad demasiado temprana para empresas militares. Con escaso margen de error, el nacimiento hay que fijarlo en 1620, con lo cual tendría cuarenta años de edad en 1660 y cincuenta y uno en 1671.

* * *

Lima, cabeza del virreinato del Perú, la había fundado el conquistador Francisco Pizarro, el 6 de Enero de 1535, imponiéndole, por la festividad del día de la fundación, el nombre de Ciudad de

(10) *Ibíd.*

(11) Primera declaración.

(12) Segunda declaración.

(13) En ambas declaraciones.

(14) «Por los años de 34 llegó a esta ciudad de Lima». «Acordándome que por el año 34». Estas menciones concretas, que constan en la segunda declaración, no dejan lugar a dudas sobre que la llegada y encuentro con el Santo fué en 1634.

los Reyes, que aún se usaba en el período que nos ocupa, aunque sonando el de raíz indígena, que iba a perdurar.

Casi a medio siglo de su fundación, cuando Lima iniciaba el esplendor de su período virreinal, nació allí, el miércoles, 9 de Diciembre de 1579, un niño mulato, hijo natural de la negra Ana Velázquez, bautizado en la parroquia de San Sebastián, imponiéndosele el nombre de Martín (15). Más tarde fué reconocido por su padre, el noble español D. Juan de Porres. El niño se crió con la madre y con una hermana nacida después, Juana de Porres.

Martín, se dedicó a aprender y practicar el oficio de barbero, al que solía unirse entonces el de cirujano. Desde niño fué un dechado de virtudes y bondades, con una desbordada caridad y un maravilloso espíritu de sacrificio, por lo que pronto empezó a formarse en torno a él una auténtica fama de santo.

Su vocación le llevó a ingresar en el limeño convento de Nuestra Señora del Rosario, de la Orden Dominica de Predicadores; pero por su inmensa humildad no quiso seguir estudios de sacerdote, para ser Padre, sino que ingresó como Donado, similar a lego. Voluntariamente, dedicose desde el primer instante a oficios serviles y bajos menesteres, entre ellos el de barrer, del que habría de venirle el hoy glorioso apodo de Fray Escoba. Tras los años de noviciado, hizo la profesión el 2 de Junio de 1603.

Su fama de santidad fué creciendo. Los milagros se multiplicaron. Los poderosos y los humildes le veneraban. Encanecido y un poco agotado por la intensa vida de trabajos, sacrificios, disciplinas y dedicaciones al prójimo, se acercaba a los cincuenta y cinco años cuando Dios dispuso que se cruzase en su camino un niño extremeño, huérfano de padre y madre.

* * *

Era en los últimos meses de 1634. Simón García Cordero había muerto y «se enterró en la iglesia de Nuestro Padre San Fran-

(15) «Miercoles nueve de Noviembre de mil quinientos y setenta y nueve bauticé a Martín, hijo de padre no conocido y de Ana Velázque Horra. Fueron padrinos Juan de Briviesla y Ana Escarcena. Y lo firmo. — Juan Antonio Polanco». *Proceso*, cit., pág. 40. La palabra Horra no es apellido, sino la indicación de que Ana era libre, no esclava.

cisco» (16). La esposa, Ana García, también había fallecido, no sabemos si antes o después. El hijo, Juan Vázquez, estaba recién llegado de España. En el cementerio del convento de Nuestra Señora del Rosario —¿acaso fué sepultada allí la madre?— estaba solo y triste cuando se le acercó un humilde hermano, un mulato. Era el instante histórico en el que el extremeño se ponía en contacto con la santidad. El fraile se llamaba Martín de Porres.

Lo primero que éste preguntó a Juan Vázquez fué el lugar de donde procedía. En la respuesta, las primeras palabras puntalizaron esto; es decir, que en ese instante inicial del trato se habló de Extremadura y de Jerez de los Caballeros. No sabemos si ello pudo influir en el acercamiento, porque se daba la circunstancia de que desde siglos antes una rama del linaje de Porres se había establecido en Extremadura, en Jerez de los Caballeros, ocupando puesto destacado en la más alta nobleza extremeña (17).

Compadecido fray Martín del abandono de aquel chiquillo, «tan pobre y necesitado» (18), se lo llevó a su celda, le puso una camisa limpia y le dijo que se quedase a vivir allí con él, cosa que aceptó, «viéndose enfermo y que no tenía amparo alguno si no era el Dios» (19).

Dios le había dado un amparo definitivo en fray Martín, que fué para él un auténtico padre. Empezó enseñándole el oficio de barbero, para lo cual «le dió algunas herramientas de las que eran necesarias» (20), prestándose incluso a ser sujeto paciente del aprendizaje, que lo hizo afeitando al propio «venerable hermano fray Martín» (21). Tanto intimaron, que Vázquez tuvo pronto una llave de la celda, en la que comía y dormía, para poder entrar en ella libremente.

(16) Segunda declaración.

(17) En el mismo siglo xvii, se concedió el título de Conde de Canilleros a don Pedro de Porres, Maraver y Silva, Regidor perpetuo de Jerez de los Caballeros, Capitán de caballos corazas en la guerra con Portugal y Caballero de Santiago. En el siglo xviii, fué concedido el título de Conde de las Atalayas a don Pedro Antonio de Porres y Silva, Vid. Julio de Atienza: *Nobiliario español*. Madrid, 1954, páginas 804 y 826.

(18) Primera declaración.

(19) *Ibíd.*

(20) *Ibíd.*

(21) *Ibíd.*

Pronto también pudo comprobar que su protector no era un simple fraile, sino un ya famosísimo santo, cosa que ignoraba al conocerle. Lo comprobó por primera vez al verlo un día, a las dos de la tarde, en la celda, de rodillas, con los brazos en cruz, suspendido en el aire. Luego, metido ya de lleno en aquella vida sobrenatural, fué testigo de mortificaciones, caridades y milagros. Resplandores divinos que iluminaban la celda, arrobos místicos, distancias acortadas sin saber cómo, plantas crecidas en poco tiempo, curaciones asombrosas, seres que se hacían invisibles, adivinaciones, profecías... De todo ello fué testigo el mozo extremeño.

Durante varios años, Juancho, que es como fray Martín llamaba a Vázquez, no se separó de su protector. Como dice el Padre Velasco, «era un *alter ego* del Santo» (22).

Envuelto en aquel torbellino de santidad, vivió los sucesos extraordinarios que él nos cuenta y que son más que suficientes para que el nombre ignorado del oscuro mozo extremeño pase a las páginas de la Historia.

2.-EN EL MUNDO DE LO SOBRENATURAL

Como hemos dicho, el primer suceso sobrenatural presenciado por Juancho, a los pocos días de conocer a fray Martín, fué la elevación en el aire mientras oraba. Asustado, corrió en busca de fray Fernando Aragonés, que trabajaba en la farmacia del convento, para contarle lo que ocurría. El religioso calmó a Vázquez, diciéndole «que vería tanto de lo referido que no se espantase de cosa alguna» (23).

Efectivamente, el tiempo le fué acostumbrando a no sorprenderse, pues en muchas ocasiones más volvió a ver a fray Martín en la «sala del Capítulo elevado y suspendido en alto de la tierra haciendo oración».

El mismo fenómeno pudo Vázquez presenciarlo en el campo, cuando iban a hacer siembras. Varias veces vió que fray Martín, «pidiendo a Dios los frutos de la tierra, se elevaba y suspendía en

(22) Op. cit. pág. 172.

(23) Primera declaración. En ella consta cuanto sigue, prescindiendo de anotaciones, para no recargar las citas,

alto, hincado de rodillas, levantados los ojos al cielo». Una vez, en las lomas de la siembra de manzanilla, el Santo «se puso a hacer oración, hincado de rodillas, dando gracia a Dios Nuestro Señor... y suspendido en alto de la tierra estuvo más de hora y media».

* * *

Un día el asombroso fenómeno de la elevación lo presenció Vázquez unido a otro también sobre natural e impresionante. Eran las diez de la mañana. El Padre Osorio, Vicario del Convento, iba en busca de fray Martín y se encontró con Juancho, que le dijo estaba en su celda. El padre ya había mirado en ella, comprobando no hallarse; pero volvió con Vázquez y de nuevo pudo ver la celda vacía, marchándose molesto con el muchacho por haberle engañado. Sin embargo, fray Martín estaba allí—relata Juancho—, «hincado de rodillas en oración, suspendido de la tierra en alto, que este testigo lo vió... y cuando el dicho Vicario lo buscó, no lo halló ni lo vió, haciéndosele invisible».

Este nuevo prodigio, el de la invisibilidad, que se nos dice era frecuente en fray Martín después de recibir la comunión, volvió a presenciarlo otro día, a las dos y media de la tarde. Tres perseguidos por la justicia, que habían estado ocultos en los sótanos del convento, entraron asustados en la celda de fray Martín, diciéndole:

—Padre, por amor de Dios, que nos socorra, que viene la Justicia tras de nosotros y está ya aquí (24).

—Vengan acá y hínquense de rodillas—les ordenó el Santo—. Apenas se habían hincado, cuando entró, seguido de alguaciles, don Cristóbal de la Cerda, alcalde de Corte de la Real Audiencia de Lima. Fray Martín estaba de rodillas y en oración junto a los perseguidos. El alcalde, que no veía a nadie, ordenó a sus secuaces:

—Miren esos colchones si están por ahí.

«Y eran los tres cuerpos los colchones—dice Vázquez—, y se salió de allí, visto que no había nada, cuando los tenía debajo de sus pies.»

(24) Segunda declaración, consta en ella lo que sigue.

Dios quiso proteger a aquellos desgraciados, haciéndoles invisibles, juntamente con el Santo, para el alcalde y su séquito. Juancho, sin embargo, los veía y pudo comprobar con asombro el prodigio.

* * *

Una noche fué un temblor de tierra el que permitió a Vázquez presenciar otra sobrenatural escena. Eran las once de la noche y estaba profundamente dormido cuando se produjo el seísmo. Al despertarse sobresaltado dispuesto a huir, vió que la celda, en la que no había quedado encendida luz alguna, estaba iluminada por un resplandor deslumbrante, que «era más que de sol» (25). Fray Martín, tendido en el suelo boca abajo, con los brazos en cruz y un rosario en las manos, no hizo movimiento, aunque el muchacho se abrazó a él, diciéndole que huyeran, porque la celda podía caérsele encima. Creyéndole muerto, salió desnudo al claustro y fué a ver al Padre Maestro Avendaño, para contarle lo que ocurría. Ambos fueron a la celda del Santo, contemplando el mismo espectáculo de la inmovilidad de éste y del deslumbrante resplandor. El Padre le consoló, diciéndole:

—Calla, hijo, que no está muerto ni muere. Dichoso tú que has alcanzado a ver lo que todos deseamos, vente conmigo a dormir a mi celda (26).

«Y cerrando la puerta de fray Martín—nos cuenta Vázquez—con una llave maestra que yo tenía, proseguí a la celda del Padre Maestro Avendaño, a donde dormí aquella noche, hasta que por la mañana volví a la celda de fray Martín» (27).

Estos resplandores divinos volvió a verlos Juancho con fray Juan, un sacerdote venido de Guancabelica, que entró una noche en la celda y al despertarse el muchacho le dijo:

(25) Primera declaración.

(26) Segunda declaración. En la primera declaración Vázquez dice que fué a buscar a fray Miguel de Santo Domingo, de lo que podría deducirse que se produjo dos veces un hecho totalmente semejante.

(27) Segunda declaración.

-Ten, no abras la puerta, que estoy toda la noche dando gracias a Dios de ver tanta luz donde no hay vela.

* * *

Este mundo de lo sobrenatural, en el que Juancho se veía metido de lleno, le trajo un grave problema de conciencia. Fray Martín le reprendía, unas veces de forma «amorosa» (28) y otras con dureza «muy grande» (29), el que comentase lo que presenciaba. Era absoluta la prohibición de decir a nadie las cosas extraordinarias de que era testigo. Por el contrario, todos los Padres del convento le instaban a que contara cuanto viese. Ante este dilema, decidió ir a confesar con un jesuita, que tenía, precisamente, su mismo nombre y apellido, pues se llamaba Juan Vázquez. El muchacho cuenta así lo ocurrido, tras consignar las represiones de fray Martín:

«Diciéndome que lo que viese callase y no murmurase ni dijese nada, para lo cual procuré hacerlo así, y al contrario todos los padres Maestros, Presentadores y demás personas graves me decían que todo cuanto viese en el proceder de fray Martín lo dijese, y pareciéndome que pecaría en decirlo me fui a confesar a la Compañía de Jesús, a donde el padre llamado el P. Juan Vázquez me reprendió gravemente, que por qué había de ocultar lo que Dios había dado a un varón justo y bueno, y que me tuviere por dichoso de haber llegado a ser su portero.»

* * *

De otros sucesos sobrenaturales, aunque menos impresionantes, relacionados con el referido Padre Vázquez, fué testigo Juancho. Era éste el encargado de llevar y traer las cartas y papeles que se cruzaban entre el Padre y fray Martín. Un día, siendo portador de una de ellas, encontró en el camino a Juan Valverde, muchacho que estaba al servicio del Padre Loaisa, el cual sintió curiosidad por leer la misiva. Juancho no tuvo inconveniente en dejar que la leyera, siguiendo luego su camino. Al llegar ante fray Martín, este le riñó enojado, por consentir que los papeles «los leyesen en el

(28) Primera declaración.

(29) Segunda declaración. En ella consta lo que sigue.

camino y nadie tocase a ellos», agregando que «de allí en adelante no se fiaría».

—Padre—dijo Juancho, asombrado y temeroso a la vez—, no ha sido malicia mía, mas otra vez no volveré a largar papel que traiga o lleve.

Veinte días más tarde vino con otra misiva del padre jesuíta, bien cuidadoso de que nadie la tocara. Al entregarla a fray Martín, éste le dijo:

—Ansí habéis de traer los papeles, como os los dan.

Aquello descubría al muchacho un nuevo don sobrenatural de su protector, el de la adivinación.

* * *

Muy al principio de su convivencia con el Santo, en 1634 aún Juancho había sido testigo de otro suceso también sobrenatural, frente a elementos desatados de la naturaleza. Estando con fray Martín en el balcón del pasadizo de la cocina del convento, vieron que el río cercano a la iglesia de Nuestra Señora de la Cabeza empezaba a crecer en amenazadora avenida. Rápidamente, se encaminaron a aquel lugar, en el que ya había cundido la alarma. Fray Martín, tranquilizando a todos, se fué al río y arrojó en él tres piedras pequeñas, diciendo:

—En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

«Y quedando incado de rodillas —refiere Vázquez— se retiró el río y se sosegó la avenida.»

* * *

En algo también de tipo sobrenatural participó Juancho más directamente. Fué en las lomas de la manzanilla, después de una de aquellas elevaciones que hemos mencionado. Se había hecho tarde y el muchacho temía que llegaran al convento a hora muy avanzada. Fray Martín le dijo «que no desconfiara de la misericordia de Dios, que con brevedad llegarían a casa». «Y siendo así —declara Vázquez— que desta ciudad a las dichas lomas hay casi

una legua, cuando este testigo entendía que estaba en las dichas lomas, se halló en la puerta desta ciudad» (30).

En otra ocasión comprobó Juancho fenómeno semejante, también en el campo y después de uno de los éxtasis de fray Martín. Nos lo relata con estas palabras:

«Cerró la noche, la niebla abromó la tierra, el frío apretaba. Volvió en sí del éxtasis que allí había tenido, nos venimos al convento, y yo, trotando la cuesta abajo, le hallaba siempre a mi lado, pareciéndome que no andaba. Desde que salimos del olivar de Medrano, que ya habíamos pasado la acequia, yo no sé como fué, porque en aquel instante nos hallamos en medio del puente de Lima, que hay un cuarto de legua a lo menos, y entramos en el convento» (31).

3.-CAMINOS DE PERFECCION

Fuera de la órbita de lo maravilloso, fray Martín tenía muchas diarias ocupaciones, intensas, humanas y sencillas, a ras de tierra, siendo la más importante la caridad. Recoger limosnas y repartirlas entre los pobres fué tarea compartida por Juancho desde el día siguiente de conocer a fray Martín. Con él recorría el muchacho todos los rincones de Lima y sus alrededores, siendo testigo de aquel celo ardiente, que iba, en sus deseos de recaudación, desde los palacios de los más poderosos, como el Virrey o el Arzobispo, al humilde poblado de pescadores de Surco, donde le daban «los indios y las indias de todo lo que tenían».

Hasta para misas por las almas de sus padres y abuelos le entregaban plata esta pobre gente, pese a decirles siempre fray Martín:

—Hijos, yo no soy de misa.

—No importa, Padre —le contestaban,— que de tí estamos enterados que las mandarás decir.

* * *

El jueves siguiente al día del encuentro, fray Martín llevó a Vázquez «por la ciudad a enseñarle muchas cosas de personas

(30) Primera declaración.

(31) Segunda declaración. En ella consta lo que sigue.

enfermas, pobres y necesitados; para que les llevase las limonas que él acostumbraba darles, así en comida como en dinero», sin olvidar ropas, medicinas y velas para alumbrarse por la noche, actividad en la que el muchacho iba a ocuparse «tiempo de dos años y medio» (32).

Para atender a las necesidades de esta intensa tarea de caridad, el Santo tenía repartida la semana, a efectos de la recaudación. Lo destinado a los pobres lo reunía «en martes y miércoles —nos dice Vázquez—, porque el jueves y el viernes lo que buscaba era aparte para los clérigos pobres, porque la limosna que juntaba el sábado se aplicaba a las ánimas, juntándola con la del lunes» (33). El domingo reunía poco, por estar consagrado a la oración.

Una vez hubo una especial causa de reunir fondos, con motivo de la boda de Catalina de Porres, sobrina carnal del Santo, hija de su única hermana, con el español Melchor González.

El comerciante y regidor D. Juan de Figueroa, los mercaderes amigos de éste, las negras vendedoras de frutas y de pan, el doctor Villarreal, el cirujano Zúñiga, los barberos Utrilla y Juan Crespo, a más de otros, aportaron ropas y dinero hasta un total de doce mil pesos. De ellos se dieron cinco mil a Catalina, destinándose el resto a otras necesidades. Todo «lo cual lo cargué yo, Juan Vázquez de la Parra—nos dice—, que soy el que le asistí en aquel tiempo».

También nos dice que en aquello intervino el Arzobispo de Lima, al que fueron a ver para hablarle de la boda. Juancho nos cuenta que Su Señoría Ilustrísima abrazó a fray Martín, le dijo que corría de su mano lo relativo a los trámites del expediente matrimonial y ofreció contribuir a los gastos con mil pesos. El Santo le dió «las gracias por el beneficio que le hacía y que aquel muchacho que venía con él, que era el dicho Juan Vázquez de la Parra, podía Su Señoría Ilustrísima mandar que se le entregase, lo cual se le entregó al tercero día».

El papel destacado de Juancho en este capítulo de lo caritativo, lo compendia en estas palabras un historiador:

«Así Juan Vázquez, confidente del siervo de Dios, fué testigo

(32) Primera declaración,

(33) Segunda declaración. En ella consta lo que sigue,

de su caridad incansable, su ángel de caridad, como el Santo era mensajero del amor de Dios a los hombres» (34).

* * *

Los rezos y disciplinas es otro camino impresionante presenciado por Juancho. Diariamente, fray Martín tenía tres tandas, de tres cuartos de hora de duración cada una. Las iniciaba encerrándose en su celda después de las oraciones, continuándolas a las doce y cuarto de la noche, bien en la celda o en la sala del capítulo, ante la imagen de un Cristo; retirándose a las cinco de la mañana, para las últimas, generalmente a «unos sótanos solitarios que hay en el convento asquerosos» (35).

Varas, látigos y disciplinas de hierro con rosetas en los extremos, eran los instrumentos utilizados por el Santo para mortificarse, siendo luego Vázquez el encargado de curarle las llagas con vinagre. Impresionado el muchacho, solía decirle que no se atormentase tanto y escogiera otros medios de penitencia; pero fray Martín, le contestaba que aquello era conveniente para su salvación, dándole siempre la respuesta con «semblante alegre y risueño, sin mostrar flaqueza alguna».

Hubo ocasiones en que el propio Vázquez, a petición del Santo, tuvo que azotarle con «varas de membrillo, y así lo hacíamos dice -doliéndose mucho de la rigurosas penitencias que hacía».

Como complemento de las mortificaciones, Juancho nos cuenta que «siempre vió que el venerable hermano fray Martín de Porres traía vestida a raíz de las carnes una túnica de jerga de Castilla, chamuscada a la canela, sin quitarsela de día ni de noche y que muchas veces se la vió que la tenía pegada a las carnes, de las llagas que tenía en su cuerpo, de los azotes que se daba tan rigurosos».

* * *

En este terreno de la disciplinas, tuvo fray Martín un compañero paisano de Juancho, un extremeño que había nacido en

(34) Velasco: Op. cit., pág. 150.

(35) Primera declaración. En ella consta lo que sigue.

Ribera del Fresno en 1485. Se llamaba fray Juan Macías, y era el hermano portero del convento de la Recoleta Dominica de Santa María Magdalena. Intimo de fray Martín, ambos se juntaban periódicamente para dedicarse a la oración y disciplinas, siendo testigo de todo ello Juan Vázquez (36). Este humilde hermano portero, fallecido en Lima el 17 de Septiembre de 1645, alcanzó también las cumbres de la santidad, pues es hoy el Beato Juan Macías, desde 1837, año en que el Papa Gregorio XVI, lo beatificó (37).

Juancho nos cuenta de la amistad de los dos santos, de la que fué continuo testigo, que «se encerraban en un aposento que tenían en el convento de la Recolección de la Magdalena del Orden de Predicadores, y allí tenían sus conversaciones espirituales y hacían sus penitencias» (38), agregando que también «juntos se iban al Platanal que tenía la huerta de la Recoleta, y allí hacían oración toda la Pascua (del Espíritu Santo) con grandes penitencias y disciplinas» (39).

* * *

Los caminos de perfección seguidos por fray Martín, cuajaron una silueta moral de la que también nos habla Vázquez, «porque lo trató y comunicó muy familiarmente» (40), «por la mucha experiencia que tuvo del venerable hermano fray Martín de Porras» (41). Sabía por ello «que guardó con toda puntualidad los votos esenciales de pobreza, obediencia y castidad, y así mismo las Constituciones de su Religión...; que mientras lo conoció no comió carne, ni se la vió comer, y era público y notorio en el convento que no

(36) «Fray Juan Macías era portero. Y sentía un gozo inefable cuando fray Martín, su amigo, acompañado de Juan Vázque, llamaba en la portería». Velasco, op. cit. pág. 182.

(37) Sobre este Beato extremeño, cuyo apellido se escribe a veces Masías, la fuente bibliográfica más antigua es el libro del Padre Juan Meléndez, O. P.: *Vida del Venerable Siervo de Dios F. Juan Masía...* Roma, 1682. Recoge complementarios detalles Manuel de Mendiburu: *Diccionario Histórico-biográfico del Perú*. Lima, 1885, tomo V, págs. 221 a 223.

(38) Primera declaración.

(39) Segunda declaración.

(40) Primera declaración.

(41) Segunda declaración.

la comió mientras vivió en él, y que su sustento era todo muy corto y de hortalizas» (42).

Agrega Juancho que «era muy humilde y que procuraba huir de conversaciones y amaba en extremo la soledad, donde se recogía a orar».

De las prácticas piadosas, nos dice que fray Martín visitaba de día y de noche la iglesia del convento y los distintos altares para orar devotamente; que confesaba con frecuencia y era especialmente devoto de «la Virgen Santa María Nuestra Señora». Aún nos aclara Vázquez detalles de la vida del Santo, contándonos que «siempre fué muy prudente en encaminar todas sus obras al servicio de Dios Nuestro Señor y a su salvación y la de todos»; que mostró gran fortaleza «en muchas y diversas ocasiones que se le ofrecieron en los trabajos e incomodidades que padeció», «que tuvo gran respeto y obediencia a sus prelados y con todos los religiosos grande amistad y paz» y que «fué venerado de muchas personas graves y de las más principales..., buenos cristianos y temerosos de Dios y de sus conciencias, que le trataban y comunicaban por el conocimiento que tenían de su santidad y virtudes».

Es la silueta humilde, firme y clara de un Santo, que consiguió sin vacilar todos los caminos de perfección.

4.-EN LOS CAMPOS

En su afán de no estar ocioso y ser útil al prójimo, fray Martín iba durante el «invierno a sembrar a las lomas manzanilla, para que los pobres fueran a cogerla para remediar sus necesidades». Una tarde de Julio, que es invierno limeño, comenzaron esta siembra, que Vázquez consideraba inútil, porque creía que el ganado vacuno, abundante en aquellos parajes, iba a comerse las plantas. El Santo «se rió muy en forma» (43) de sus temores, y realizaron la tarea. A los tres días de hecha la plantación, el muchacho fué a inspeccionarla, y nos relata así su asombro: «Fuí a aquel sitio y hallé alrededor mucho ganado y las plantas vivas, que al parecer tenían más de un año de sembradura».

(42) Primera declaración. En ella consta lo que sigue.

(43) Segunda declaración. En ella consta lo que sigue.

Cinco días más tarde volvieron a aquellas lomas de la fuente de los Amancaes, para hacer otra siembra de manzanilla. Como eran pocas las varas de que disponían, el Santo ordenó a Vázquez que las partiese en trozos muy pequeños, encargándole que solamente pusiera uno en cada agujero. Pensando que cosa tan pequeña era insignificante para arraigar, y viendo que se hacía tarde, Juancho empezó a plantar varios trozos juntos. Fray Martín, pese a estar alejado y no ver la maniobra, le reprendió «con mucho amor», diciéndole:

—Tenéos, muchacho, que esto no se ha de hacer si no es como yo lo voy poniendo, que Dios es Dios y obrará en todo, que nada de esto se nos ha de perder.

Y nada se perdió.

Concluída la siembra, quiso fray Martín ir hasta Urigancho, a lo que Juan se resistía, por tener hambre y pensar que en aquellos campos no iba a encontrar quien le diera de comer; pero el Santo insistió, caminaron y vieron a un indio, al que dijo:

—Hijo, dadle un pedazo de pan a este muchacho.

El indio le dió pan y siguieron caminando, porque fray Martín, por inspiración divina, sabía que su presencia era necesaria en una de aquellas fincas, en la que había una enferma grave, según diremos en su momento.

* * *

En una ocasión, yendo fray Martín y Juan hacia Limatambo, una hacienda que el conquistador Francisco Pizarro dió a los Dominicos, encontraron a fray Cristóbal de Campos, el cual les dijo:

—Aquí en estas tierras hemos de sembrar este año un olivar, en acabando la sementera, porque la gente está ocupada y no se puede hacer antes (44).

Fray Martín dijo que él lo plantaría solo, comenzando la tarea, con la ayuda de Vázquez, el cual nos cuenta que «los troncos que sembraban al día siguiente los hallaban brotados y con cogollos».

Caminando otro día hacia sus siembras de manzanilla, al pasar

(44) Primera declaración. En ella consta lo que sigue,

junto al olivar de Medrano, fray Martín dijo a Vázquez, entregándole la carga de provisiones:

—Toma, llévate aquesta comida, que quiero desgarrar un ramo de esta higuera, para que llevemos a sembrar allí arriba.

En lo alto del cerro plantó la higuera, y al volver por allí a los dieciocho días, Juancho, al contemplarla, exclamó asombrado:

—Padre, ya está brotada la higuera que plantó hace dieciocho días.

—A lo que fray Martín respondió:

—Gracias a Dios dará higos... y los pobres que por allí anduvieren tendrán ese refugio de comer sus frutos. Demos una vuelta a nuestra manzanilla.

* * *

Una mañana de invierno, en agosto, fray Martín y Vázquez salieron del Convento del Rosario, camino de Limatambo, lugar de residencia de muchos novicios jóvenes, en donde fray Martín dijo que iban a pasar dos meses.

—Padre, ¿qué hemos de hacer que tanto hemos de tardar, preguntó Juancho? (45).

—Es que poda fray Francisco el olivar —dijo el Santo— y cortaremos estacas, para desde el camino real hasta el molino hacer un olivar, para que aquestos muchachos tengan en el tiempo adelante con qué poder pasar, que el olivar que hay es ya viejo y se irá criando otro nuevo y de aquí a treinta años, que ya estos serán hombres maduros, dirán que Dios perdone a quién plantó este olivar.

Durante el camino fué repartiendo entre los chiquillos que encontraba los panes de maíz que sacó del convento, diciéndoles:

—Algún día me ayudaréis a trabajar.

Llegados a Limatambo, al saber el Padre Francisco el proyecto de fray Martín de sembrar un olivar tan grande, se rió y le dijo:

—¿A dónde podía haber tantas varas?

—No se aflija —contestó—, que la Providencia de Dios es grande.

Abiertos los hoyos, lo ocurrido después nos lo cuenta así

(45) Segunda declaración. En ella consta lo que sigue.

Juancho: «El sabado por la mañana, se levantó dando gracias a Dios, que le había dejado llegar el día que comenzaba a plantar el olivar, y comenzando a poner varas, fuimos plantando todo aquel día; y al día siguiente de lunes... comenzó a dar agua a todas las varas que tenía plantadas y fué providencia de Dios, que, al tercer día de regadas, había una cuarta de retoño en cada una... A los quince días había plantado setecientas plantas, lo cual en un mes acabó de hacer un olivar, que hoy es prodigio el verlo».

* * *

En sus excursiones camperas, fray Martín hacía patente su amor a los animales, que le pagaban en la misma moneda. Vázquez nos cuenta que en una ocasión se puso a jugar con los novillos, en las inmediaciones de la siembra de manzanilla,⁸ «tendiéndoles el manteo», es decir, toreándolos. Juancho, que estaba lejos sentado junto a una piedra, le decía, temeroso:

—Padre, mire no le den alguna vuelta (46).

Pero los novillos, tras de jugar alegres con él, «llegaban y se rascaban en su ropa». Fray Martín calmó los temores de Vázquez, sobre que pudieran darle algún volteo, diciéndole:

—No me darán, que te prometo que no he tenido mejor día que el de hoy.

Otras veces su amor a los animales era una desbordada caridad; como en este caso que nos cuenta Juancho, ocurrido en el platanal de la huerta del convento dominico de la Recoleta: «Hinchábansele las espaldas y luego venía a mí, Juan Vázquez, a que le curase. Yo le decía: «Padre ¿qué le he de curar, que esto no es del mal trato que hace a su cuerpo el azote, sino de estos mosquitos que hay aquí. Vámonos a nuestro convento, que allá no hay mosquitos». Respondió el siervo de Dios: «¿Cómo hemos de merecer con Dios si no damos de comer al hambriento?» Díglele yo: «Padre, estos ¿son gente?, ¿No, son animalitos?» «Sin embargo, dijo, se le debe dar de comer, que son criaturas de Dios, y así lavadme». Lavábale con vinagre, que de ordinario, a donde quiera que iba siempre llevaba un porrongo lleno de vinagre, para el ministerio de curarle las espaldas y demás partes del cuerpo a donde recibía las disciplinas.

(46) Primera declaración. En ella consta lo que sigue.

5.-MÉDICO CELESTIAL

El oficio de barbero llevaba entonces unido el de sangrador, algo similar a los practicantes de hoy. Fray Martín tuvo por ello contacto de siempre con los enfermos, sangrando diariamente durante toda su vida. Pero este menester mecánico y accesorio no guarda relación de cerca ni de lejos con aquel don excepcional suyo, con aquella medicina del cielo, que, por la gracia de Dios, fué sembrando milagros de curaciones. Con certeza absoluta, fray Martín supo si los enfermos iban a sanar o a morir. Por eso hay casos en que prescinde de la salud del cuerpo, para ocuparse tan sólo de la del alma. Así sucedió con su amigo el cirujano Zúñiga, el cual hizo venir a fray Martín, por encontrarse enfermo en cama, sosteniendo con él este diálogo, que Vázquez, testigo presencial, recoge:

—Yo, Padre, muy malo me siento y conozco que esta enfermedad es mi muerte (47).

—Téngalo así entendido —respondió fray Martín— y dele muchas gracias a Dios por las mercedes que le hace, que en otro peor tiempo le pudiera coger.

—Padre si mi hora es llegada, cúmplase la voluntad de Dios.

Solemne y profético, el Santo afirmó:

—Pues hijo, así lo puede hacer y disponga sus testamentos, que mañana a estas horas ha de haber dado cuenta a Dios.

Zúñiga moría en paz al día siguiente.

* * *

No fué el signo de la muerte, sino el de la salud, el que presidió las restantes intervenciones médicas de fray Martín, presenciadas por Juan. Aquella tarde a la que aludimos, en la que el Santo se empeñó en alejarse de las siembras, para ir a Urigancho, porque sabía por inspiración divina que era allí necesaria su presencia, llegaron a la hacienda del español Francisco de Cáceres Manjarrés—otro extremeño—, encontrando un negro, al que preguntó fray Martín:

(47) Segunda declaración. En ella consta cuanto sigue sobre curaciones.

—Hijo, ¿hay algún enfermo aquí?

—Sí, Padre—dijo—, mi mujer está muy achacosa de un flus de sangre por las partes baxas y la olearon hoy a mediodía.

La negra se había caído en lo alto de un cerro, de un caballo cargado de leña, rodando por la pendiente y aplastándola la cabalgadura y la carga. Estaba gravísima, practicamente, deshecha. Fray Martín se acercó a ella y le dijo:

—Hija, no te desconsueles, que todo se te quitará eso con la ayuda de Dios.

Tras de practicarle una cura más simbólica que efectiva, agregó:

—Hija, yo te curo y Dios te sane. Por la mañana enviaré acá este muchacho, que venga a ver cómo has dormido y te traerá unas velas, pues, mediante Dios, has de dormir con quietud.

Marcharon seguidamente al Convento, del que a las ocho de la mañana del siguiente día partió Vázquez, con cuatro panes y unas velas que fray Martín había pedido a fray Pedro de Contre-ras. Como la distancia era mucha, llegó a Urigancho a las doce, encontrándose con Cáceres Manjarrés, que le preguntó:

—¿A dónde vais, mancebo?

—Señor—dijo Juancho—, vengo con este pan y estas velas a esta chácara, que me envía fray Martín de Porres a llevarle este pan y velas a una negra enferma, que está en esta chácara.

—Ven, mancebo, ¿a dónde queda fray Martín, que dió salud a mi negra Margarita, después de Dios?

Llegados al aposento de la enferma, le preguntó el amo:

—Margarita, ¿cómo te ha ido esta noche?

—Señor—contestó—, yo he dormido muy bien toda la noche con la cura que me hizo el Padre de Santo Domingo, Dios se lo pague.

—Pues ves aquí este mancebo—dijo el amo—, que os viene a ver de su parte y os trae unas velas y cuatro panes.

La negra quiso regalar media docena de gallinas a Juancho, en testimonio de gratitud; pero se negó a aceptarlas, por no traer orden sobre ello. Francisco de Cáceres agasajó al muchacho y por la tarde le dió una mula para regresar al Convento. Margarita, la negra moribunda, a la que dieron la Extremaunción por no tener

cura posible, a causa de estar destrozado todo el interior de su cuerpo, estaba totalmente sana.

* * *

Caminando un día por la plazuela de San Lázaro la inseparable pareja del muchacho y su protector, salieron varias personas dando voces de la casa de Gabriel Gatica, porque un niño se había caído de un techo, destrozándose las piernas. Fray Martín entró en la casa y dijo a la madre:

—Señora, no hay que afligirse.

—Padre—contestó ella—¿no he de afligirme, si no tengo con que curarle y considero que se ha de morir.

—No se aflija —repuso el Santo—, que Dios que da la llaga da la medicina, no es esta enfermedad de riesgo.

—¿No —dijo la madre—, cuando tiene entrambas piernas quebradas y por bueno que quede, nunca será de provecho?.

—Entibienlo —dijo fray Martín—, y de una sábana háganse dos vendas muy buenas, que yo se lo curaré y no será nada.

Y no fué nada, porque el Santo le puso las vendas, empapadas en vino, y al poco tiempo el muchacho corría por las calles de Lima.

* * *

Estaban un día en el Convento y sonó la campana de alarma. Fray Martín dijo a Juancho:

—Válgame Dios, que excusada llamada.

Lo que ocurría era que a Pedro Guerrero, mayordomo de bienes pontificios, hospitalizado en el Convento, lo acababa de desahuciar el doctor. Llegados junto a la cama del enfermo, el Santo reprendió al médico la injustificada alarma, insistiendo éste, categóricamente, en «que no tenía de vida veinticuatro horas».

—Esas ha de menester solamente para ir a pasear —dijo fray Martín.

Y así sucedió, ya que, rápidamente, «estuvo bueno de toda su enfermedad».

* * *

Un día fué Juancho con un recado a casa del doctor Villarreal,

íntimo amigo de fray Martín, encontrándose con la sorpresa de que estaba enfermo muy grave. Se lo manifestaron la esposa, las hijas y el propio Villarreal, que le dijo «que ya estaba desahuciado de todos los médicos y cirujanos de la ciudad, que sólo de la visita del Padre fray Martín de Porres le faltaba, y que así le hiciera el favor de irle a ver, para llevarle aquel consuelo consigo, puesto que se moría».

Juancho corrió al convento, comunicando a fray Martín lo que ocurría. Este, sin alteración ni prisa, se dispuso a recorrer la enfermería, diciendo:

—Vamos a sangrar.

—Padre —objetó Vázquez—, si no ha venido el doctor, ¿como quiere sangrar?

—Con esto aseguramos el juicio de los enfermos —respondió.

Después de hacer seis sangrías, sin precipitaciones, con una extraña seguridad en que no corría prisa, se encaminó a casa de Villarreal.

—Amigo mío, ¿qué es esto? —le dijo fray Martín.

—Morir, Padre —contestó el enfermo.

El Santo, sonriente, dijo:

—Pues amigo, darle a Dios muchas gracias, que para morir nacimos.

—Reparando en el gesto asustado de la esposa, le preguntó:

—¿No le ha dado algún desayuno al enfermo?

Padre, no lo puede llevar.

Fray Martín hizo una almendrada con pepitas de melón y se acercó al enfermo, diciéndole:

—Amigo mío, para morir nacimos y es de fé que el que no come se muere; mire como como yo.

Y comiendo dos cucharadas, dijo a la esposa:

—Levántele la cabeza.

Hecha esta diligencia, le dió al enfermo la almendrada y se despidió, diciendo:

—Hoy es sábado, el martes, si Dios quiere, me ha de ir vuestra merced a ver.

La curación se enlazaba con la profecía. El martes, Villarreal

fué a ver a fray Martín, «cuando se entendió tenerlo enterrado», comenta Vázquez.

* * *

Finalmente, nos queda un caso en el que con la curación milagrosa se enlaza más asombroso aún.

Caminando los dos una tarde por una finca del mayorazgo de Aliaga, llegaron a otra del Regidor Francisco de Arce, y fueron a un alfar en el que se encontraron a un hombre apellidado Carrillo. Hablando con él estaban cuando llegó corriendo un muchacho y dijo:

— Señor, que se muere mi tía.

— ¿Qué le ha dado, muchacho? — preguntó fray Martín.

Carrillo dijo:

— Padre está padeciéndo una idisipula (erisipela) en la cara, que la tiene hecha un odre.

— Válgame Dios — comentó el Santo —, vamos allá.

El estado de la enferma era gravísimo. Cuando entraron a verla, Juancho sacó la impresión de que ya estaba más para la otra vida que para esta. Fray Martín mandó traer un pollo, y mezclando la sangre de éste con agua rosada, ordenó que le pusieran en la cara unos paños empapados en la mezcla. Sorprendido Carrillo de aquella cura, preguntó:

— Padre, ¿quién usa de aquestas curas, que no la he visto otra vez?

— Vide hacer esta cura — respondió fray Martín — en uno de los más grandiosos hospitales que hay en toda la Francia, que fué en Bayona; después acá yo me he aprovechado de ello y se han hallado mis enfermos muy bien, y así espero en Dios que aquesta señora se halle mejor con este remedio.

Lo verdaderamente asombroso aquí es que fray Martín no se movió nunca del Perú y afirma haber estado en Francia. Pero más asombroso aún es decir que fué cierto que este y otros más concretos testimonios prueban que, si de manera real no salió de aquellas tierras, por gracia sobrenatural visitó diversos lugares muy lejanos.

Aún hay en este caso otro detalle sorprendente, aunque ya no tan nuevo para Juancho. Al día siguiente — nos cuenta —, apenas amaneció Dios, cuando con una canastita me dijo:

—Anda a una confitería y compra unos dulces y llévalos a aquella enferma y sabe como está.

Dejando a fray Martín en su celda, marchó Vázquez, hizo la compra y fué a la lejana Chácara. Recibióle un negro, que le dijo:

—¿Agora venís? Pues ya el padre vino y hizo una sangría y se volvió a ir.

Juancho se negaba a creerlo, pero la enferma volvió a insistir:

—Ya estuvo aquí el Padre fray Martín, pero sin embargo yo te agradezco el recaudo, porque me dejó dicho que hiciera lo mismo que se hizo ayer.

Fué preciso que Vázquez viese la sangre en la escudilla, para que se convenciera de que, en efecto, fray Martín había estado allí, cosa materialmente imposible por tiempo y distancia. Pero de estas cosas ya sabía él. Por eso, al volver al Convento y comprobar que el Santo seguía en su celda, se limitó a decir:

—Padre, ¿para qué me envía solo, si había de ir allá?

Fray Martín, sonriente, le contestó:

—Pues si vos vais jugando, ¿tengo yo la culpa?

Nadie podría ir más rápido que fué Vázquez, y menos tener tiempo de sangrar y volverse, sin tropezársele siquiera en el camino. El muchacho, que sabía que aquí aleteaba otro milagro, remata la relación con este comentario breve: «La enferma quedó sana y fray Martín contento».

6.—LOS ULTIMOS RESPLANDORES

Habían corrido los años y Juancho era ya un mozo. Testigo de tanto suceso extraordinario, ahora los últimos resplandores de la santidad iban a proyectarse directamente sobre él. En 1637 cayó enfermo durante un viaje, estando separado de fray Martín. Una terrible hinchazón en pies y piernas le dejó medio paralítico, al mismo tiempo que su estado general era tan grave «que le llegaron a desahuciar los médicos» (48). Obsesionado por la idea de reunirse con su protector, pese a no poder casi andar, se puso en camino para ir a Limatambo, en donde sabía que estaba fray Martín. Llegado a las inmediaciones, Juancho tuvo que sentarse

(48) Primera declaración.

en el campo, porque ya no se podía mover. Entonces apareció el Santo:

—Juancho, ¿dónde vienes? (49)—le dijo.

—Padre—contestó el joven—, a buscar a vuestra reverencia, que sin la vista de vuestra reverencia, ya que me muero, me dé su bendición, que le tengo en estos Reinos en lugar de mi padre, que a no tener a mi padre vivo y conocerle en España, dixera que era vuestra reverencia, y así con verle voy muy contento.

Ambos estaban emocionados, con lágrimas en los ojos. El Santo habló de nuevo:

—No os aflijáis, tened confianza en Dios, que esta no es la enfermedad que os ha de llevar.

Luego ofreció al joven asemita (50) y unas pasas, reparó en sus piernas, se puso de rodillas y dijo, mirando al cielo:

—Señor, no permitáis que aqueste muchacho muera en este tiempo, que, como os lo pido, espero en vuestra bondad infinita me lo concedáis (51).

Seguidamente, agregó, dirigiéndose a Vázquez:

—Tened bien las piernas (52).

Después de tocárselas y hacer sobre ellas unas cruces, dijo:

—Levantáos, Juancho, y vámonos a Limatambo.

Aunque Vázquez decía que le era imposible moverse, el Santo insistió:

—Acaba, acaba.

Y dándole la mano, lo alzó y dijo:

—Caminemos y tomad este bordón, para que vayas con él.

Comenzaron a caminar. El joven llevaba la asemita y las pasas que le había dado. Reparando en ello, fray Martín, comentó:

—Si no quieres comer esta asemita, dámela, que yo la comeré.

Y sacando de la manga pan blanco, dijo:

—Comed ese pan con las pasas, que yo os ayudaré.

(49) Segunda declaración.

(50) Pan negro de maíz.

(51) Esta invocación, que consta en la segunda declaración, está consignada en la primera de esta forma: «Haced, Señor mío Jesucristo, misericordia de este pobre, que de tan lejanas tierras ha venido a padecer tantas desdichas, como padece».

(52) Segunda declaración. En ella consta lo que sigue.

Al entrar en la casa, fray Cristóbal de Campos preguntó a fray Martín:

—¿A dónde fué a buscar al compañero, padre?

—Ahí lo encontré —contestó el interpelado—, que viene a buscarme, que será fuerza que hoy nos vamos.

A las tres de la tarde emprendieron el camino de Limatambo al Convento de Lima, en el que durmieron. Al despertar al día siguiente, Vázquez estaba totalmente curado, sin la más leve señal de enfermedad en sus piernas. El milagro —¡de tantos milagros fué testigo!— se había realizado ahora en él. Con entusiasmo lo comenta al declarar años más tarde, diciendo que «se levantó bueno y sano, sin la dicha hinchazón, de que quedó muy admirado de verse tan de improviso bueno y sano, y reconociendo que había sido milagro conocido que Dios Nuestro Señor había obrado en él por intercesión del dicho su siervo» (53). Juancho fué contando a todos «lo que le había pasado con el dicho venerable hermano fray Martín de Porres y también se quedaron admirados del dicho suceso mayormente cuando habían visto a este testigo de la forma que estaba y que no les parecía tendría remedio».

* * *

Entre las muchas gentes de todas clases sociales, incluída la más alta, que Juancho había tratado, figuraba el propio Virrey, que lo era el Conde de Chinchón, marido de aquella Condesa que trajo a Europa la quinina, tras novelescos episodios que Ricardo Palma recoge en sus *Tradiciones Peruanas* y que José María Pemán ha llevado al teatro en su comedia *La Santa Virreina*.

A fines de Agosto o primeros de Septiembre de aquel año 1637, Juancho fué una tarde con fray Martín a visitar al Virrey, el cual hizo este comentario:

—A este muchacho le hemos de asentar una plaza de soldado, que servirá al Rey y le honraremos en todo (54).

Fray Martín respondió:

—Harase, señor, lo que vuestra Excelencia ordene.

—Pues si se ha de hacer —agregó el Conde—, lleven el decreto.

(53) Primera declaración. En ella consta lo que sigue.

(54) Segunda declaración. En ella consta lo que sigue.

El nombramiento fué extendido y entregado. A la salida, fra y Martín dijo al joven:

—Juancho, por la mañana habéis de ir al Callao sin falta y en la compañía del Maestre de Campo, o a lo que vos os pareciese, podréis dar este memorial y decreto, para que os asiente una plaza, que lo harán luego.

Vázquez se encaminó al Callao, encontrando en el camino a don Juan de Luza, alférez de la compañía del capitán D. Martín de Salmavide, al que manifestó que el Virrey le había dado una plaza de soldado, por complacer a fra y Martín de Porres.

—Irá vuestra merced conmigo a mí compañía —dijo el alférez—, que yo también me tendré por dichoso en tener a vuestra merced en la compañía, por ser cosa de aquel siervo de Dios.

Al salir de alistarse en las Casas Reales, encontraron a fra y Martín, que, abrazándose a Vázquez, le dijo:

—Ya, hijo, tenéis amo a quien servir.

Y volviéndose al alférez, agregó:

—Vuesa merced, señor alférez, por amor de Dios se sirva de sobrellevar a este muchacho, porque no podrá él estar tan experimentado como los que ya están hechos a la milicia.

—Será todo, Padre —contestó De Luza—, a la medida del gusto de vuestra reverencia.

A solas ya Juancho y fra y Martín, aquél hizo este comentario:

—Padre, con qué he de comer, porque aquí dicen que no pagan sino de ocho meses.

Fra y Martín le aseguró que se ocuparía de todo, como así lo hizo en efecto.

* * *

Vázquez era ya un soldado y dejó de vivir en compañía del Santo, aunque siguieron viéndose con frecuencia y éste le enviaba diariamente cuatro reales para su sustento.

El joven hizo un viaje por mar a Chile, desde el puerto del Callao. A su regreso, se encaminó al Convento del Rosario, deseoso de ver a su protector, el cual ignoraba el retorno. Sin embargo, al dar Juancho el primer golpe en la puerta de la celda, sin pronunciar una sola palabra, fra y Martín le llamó por su nombre,

abriendo la puerta sin sorprenderse, como si le estuviera esperando. En Vázquez produjo profunda admiración el que «sin avisarle ni saber que había de ir, le hubiese conocido antes de haberle visto ni hablado» (55).

Ocurría esto en 1639. Juancho expresó su propósito de hacer otro viaje marítimo, ahora a Panamá. Fray Martín no quería que marchara, y fué luego al Callao, para que desistiera, ofreciéndole el arreglar que se quedara en Lima. El joven, deseoso de correr la nueva aventura viajera, aseguró que al regreso aceptaría la proposición. Entonces el Santo, abrazándole cariñosamente, en tono solemne y profético, dijo:

—Adiós, Juancho, que ya en este siglo no nos volveremos más a ver, y si nos viéramos, dudarás (56).

Y no se volvieron a ver más. Cuando Vázquez regresó del viaje, fray Martín había dejado este mundo, a las ocho y media de la noche del 3 de Noviembre de aquel año 1639, cercano a los sesenta de edad. Su muerte fué tan santa como su vida, siempre envuelto en lo sobrenatural y milagroso. Su entierro tuvo enorme resonancia. Un testigo, Juan de Córdoba, nos hace este relato de aquellos momentos:

«El día de la muerte del dicho venerable hermano fray Martín de Porres se conmovió grandísimo concierto de gente de todos los estados en la iglesia del dicho convento, sin ser llamados ni convidados, sino que, luego que corrió la voz, se convinieron en venerar su cuerpo, como lo hacían, tocando el rosario, besándole las manos y los pies, y que su cuerpo quedó tan tratable y amoroso que parecía estaba vivo, porque le meneaban las manos y el cuerpo a donde querían. Y el día del entierro concurrió la misma gente y la más grandeza de ella y los dos cabildos, eclesiástico y secular, y muchos de los señores de la Real Audiencia y los dichos señores Arzobispo de Méjico y Obispo de Cuzco y los Prelados de los Religiosos, y religiosos graves, entre los cuales a trechos cargaban el cuerpo, para llevarlo a la sepultura, todos con grandes aclamaciones de Santo y por tal lo tenían y reverenciaban» (57).

(55) Primera declaración.

(56) Segunda declaración.

(57) *Proceso*, págs. 312 y 313.

El Virrey, Conde de Chinchón, que había visitado a fray Martín, poco antes de morir éste, fué el único que no pudo asistir a su entierro, porque en aquellos momentos se encontraba en el puerto del Callao, para recibir a D. Pedro de Toledo y Leyva, Marqués de Mancera, que venía a sustituirle en el Virreinato.

* * *

Pasaron los años, Juan Vázquez dejó la milicia y contrajo matrimonio. Había mejorado de fortuna, dedicándose a la cría de ganados de España en una estancia que tenía en la sierra. El 23 de Junio de 1660, fué llamado para declarar en el proceso de Beatificación de fray Martín. Lo presentó el Padre fray Antonio de Estrada, Procurador General de la Orden de Predicadores, ante el Juez de la causa, Licenciado D. Francisco Gamarra, cura rector de la Catedral Metropolitana, y ante Francisco Blanco, notario público.

Vázquez deseaba declarar despacio, ya que eran muchas las cosas que tenía que decir; pero el notario le daba prisa para que concluyera.

Terminada su declaración, regresó a su casa. En ella estaba con un hijo suyo en los brazos, cuando se oyó llamar desde fuera:

—Juan Vázquez, Juan Vázquez (58).

Al salir, vió en la calle dos religiosos dominicos, volviéndose dentro, sin hacer en ellos particular reparo. La misma voz volvió a insistir en la llamada:

—Juan Parra.

De nuevo en la calle, uno de los religiosos le dijo:

—Juan Vázquez, ¿no me conoces?

Entonces lo reconoció: era fray Martín de Porres. Se acababa de cumplir la segunda profecía de aquella frase de la despedida:

—Adiós Juancho, que ya en este siglo no nos volveremos más a ver, y si nos viéramos, dudará.

Efectivamente, había dudado (59). Fray Martín preguntó:

—¿Cómo andas tan corto? (60).

(58) Tercera declaración. En ella consta lo que sigue.

(59) «En verdad que había dudado», nos dice Vázquez en su segunda declaración.

(60) Tercera declaración. En ella consta lo que sigue.

—¿En qué, Padre Martín?—dijo Vázquez.

El Santo volvió a hablar:

—Declara todo lo que sabes y viste en tiempo que estuvistes en mi compañía.

Como hemos dicho, cuando estaba vivo fray Martín prohibía a Juancho que contara a nadie las cosas de las que era testigo; ahora le ordenaba que las dijese, porque ya él no contaba, sino solamente la mayor gloria de Dios.

Vázquez, que no era ni el niño ni el mozo, sino un hombre de cuarenta años, estaba profundamente emocionado y, según él mismo nos dice, «se retiró enternecido a su casa».

* * *

Once años más tarde, en 1671, otra vez se abrió el proceso de Beatificación, y Juan Vázquez fué llamado a declarar en el mes de Febrero. Cuando acudía a la cita, al entrar en el cementerio del Convento del Rosario por la puerta de debajo del coro, de nuevo vió a los dos frailes dominicos, el desconocido y fray Martín, insistiéndole éste en que «declarase lo que sabía».

Las declaraciones, pues fueron dos, las prestó más tarde, el martes, día 2 de Junio, ante fray Francisco Fernández, Presentado, Procurador y Notario público. A partir de este momento, Juan Vázquez de la Parra se esfuma en el anonimato. No sabemos que fué luego de él, ni cuándo y dónde murió, aunque lo probable es que siguiera viviéndo con relativo acomodo y muriere en Lima. No hay que dudar de que el que mereció que tan gran Santo le amase como a un hijo, acabaría su vida santamente,

Después, fuera ya de este mundo, para llevar a Juancho ante el Trono del Altísimo y servirle de abogado, es de suponer que le estaría esperando su protector, el humilde y glorioso mulato, envuelto en aquellos divinos y deslumbrantes resplandores que iluminaron la pobre celda que el extremeño tuvo la fortuna de compartir con el bendito San Martín de Porres.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO